

LA HORA DE LA IGLESIA EN HAITI

Luis Ugalde

"Los obstáculos han sido removidos pero queda mucho por hacer. ¿Quiénes serán los actores del cambio? EL PUEBLO, todo el pueblo. El pueblo "con las manos desnudas".

Con voz segura y poderosa Mons. Romelus, obispo de Jeremie y símbolo profético de la Iglesia haitiana por sus fuertes y directas denuncias de Duvalier, lee ante una muchedumbre esperanzada de 40.000 personas el mensaje de los obispos. Recién elaborado, todavía está a mano en francés y en creole.

Cuando el obispo repite en creole la pregunta la muchedumbre emocionada responde a una: "El pueblo, todo el pueblo".

Son las seis de la tarde del 7 de marzo. Ha pasado un mes desde la huida de Duvalier. El Consejo Nacional de Gobierno, constituido mayoritariamente por duvalieristas, calla y da tímidos pasos, forzado por la presión popular. El vacío de liderazgo político y de autoridad moral es casi total y carga la atmósfera de temores. En este momento, en una ceremonia llena de emoción y de solemnidad, tiene lugar el diálogo festivo entre la Iglesia y el pueblo. Echan una mirada al camino de liberación que han recorrido juntos los últimos años y reflexionan sobre la necesidad de hacer camino hacia adelante. Es el acto de lanzamiento de la gran MISION DE ALFABETIZACION organizada por la Iglesia. Con ella se disponen a derribar uno de los obstáculos mayores para la verdadera democratización de Haití: el 85 por ciento de las personas adultas no saben leer ni escribir.

El Estadio Nacional está lleno, sobre todo de juventud. Todo el Episcopado acompaña al Sr. Nuncio que preside la celebración de la Eucaristía. Un centenar de sacerdotes concelebrantes. 40.000 personas que alternan el alborozo rítmico de los cantos con el silencio ávido que, como tierra sedienta, recibe la palabra de Dios que proclama el lector: "Ustedes son la sal de la tierra". "Ustedes son luz para el mundo". "Su luz debe brillar ante los hombres, para que vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos". (Mat. 5, 13-16). "Gustad la sal" es el lema de la gran Misión que se propone alfabetizar tres millones de haitianos en cinco años. Alfabetización no concebida como mero aprendizaje del significado de las letras, sino como un profundo proceso de liberación de la palabra y de encuentro del pueblo con su dignidad y su creatividad para construir una sociedad justa y participativa.

Monseñor Gayot, presidente de la Conferencia Episcopal y hombre clave en el proceso de la caída de Duvalier, comenta con elocuencia y sentimiento este Evangelio aplicándolo a la misión alfabetizadora. El mismo leerá al final de la misa un breve mensaje episcopal de gran trascendencia en el momento que vive Haití. El mensaje leído en francés da paso a continuación a su lectura en creole. Cada obispo toma una parte. Es más un diálogo con los sentimientos más profundos del pueblo que mera lectura. Casi cada frase es aclamada y respondida por el pueblo. Este, recogiendo un lema del Simposio Nacional de la Iglesia (que se tuvo hace un par de años), responde a los pastores: "L'Egliz se nou, nou se l'Egliz", "la Iglesia somos nosotros, nosotros somos la Iglesia".

Los haitianos no tienen prisa en las liturgias. A las celebraciones le dan ritmo, dignidad, espíritu. El acto durará de 5 a 8,30. Dos horas de misa y luego el mensaje episcopal breve, directo, valiente, orientador. Afirmaciones que fuera del contexto haitiano pueden sonar a generalidades sin mayor trascendencia, dichas ahora en Haití son valientes e iluminadoras. De indudable importancia para hacer que el proceso iniciado no aborte ni se detenga hasta llegar a las primeras elecciones democráticas en la historia de este pueblo, primer país de América Latina que logró la independencia en 1804.

Los Duvalier, padre e hijo, han dominado este país durante 29 años de dictadura, temor, corrupción y empobrecimiento. Se sentían dueños de la hacienda de 27.000 kilómetros cuadrados y de unos 6 millones de habitantes. Población empobrecida y con niveles de carencias y de miseria que han batido los records más deprimentes de nuestro Continente y del mundo. Pero suficiente para permitir una vida de lujo y de extravagancia a las familias Duvalier, Bennett (sus suegros) y sus cómplices. Al igual que en la época colonial, cuando medio millón de esclavos hacía de ésta la colonia más próspera y de los 25.000 blancos una minoría dedicada a extraer la sangre del esclavo en las explotaciones de azúcar y de café.

La dinastía de los Duvalier y su reinado vitalicio contaba también con la complicidad internacional, sobre todo del Imperio que los reconocerá como "dictadores sí, pero amigos nuestros". (Cfr. Documento de Sta. Fe) En la política haitiana nada ha ocurrido sin la aprobación e ingerencia directa de la Administración norteamericana. La dependencia económica es total.

El régimen sistemáticamente acalló las voces libres y atomizó a la población. No menos de 35.000 han sido víctimas directas de la tortura, asesinato y deportación. Destruyeron el tejido social. También la Iglesia fue víctima de esta política que impedía toda articulación de la comunidad. Hace más de 25 años François Duvalier expulsó a todos los obispos que había en Haití. Acusó de comunista al Arzobispo de la capital. Aunque parezca sorprendente el Concordato de 1860, vigente entre la Iglesia y el Estado, daba a Duvalier el poder de nombrar los obispos limitando a la Santa Sede al papel de conferir el poder canónico a los designados. Haití fue el último país del mundo en mantener vigente esta fórmula. François Duvalier también expulsó a los jesuitas que había en el país hace 20 años y decretó la supresión de la Compañía de Jesús.

Después de difíciles y lentas negociaciones se llegó al nombramiento de tres obispos que sustituyeran a los expulsados. Luego vinieron otros hasta completar los 7 que el día de la caída de Duvalier componían el Episcopado haitiano. En marzo de 1983, con la visita del Papa Juan Pablo II, se logró cambiar

la modalidad del nombramiento Episcopal, quedando la iniciativa y la decisión fundamental en manos de la Santa Sede. Justo tres años después, el 9 de marzo de 1986, en la catedral de Les Cayes se procedía a la ordenación del primer obispo, Alix Verrier, nombrado en esta forma independiente. Pronto vendrán 4 o 5 más y la creación de dos diócesis nuevas.

A partir del año 1980 empieza lo



que en los ambientes de Iglesia en Haití llaman PAROLE-LIBERATION, con su doble significado de liberación de la PALABRA y PALABRA de liberación. La prisión y expulsión de periodistas ese año llevó a la Conferencia Haitiana de los Religiosos a levantar la voz "en defensa de los derechos del hombre en nuestro país, el respeto de los derechos de nuestros hermanos y hermanas expulsados o en prisión". Los religiosos dicen que a estos periodistas reprimidos "el sentido patriótico de ciudadanos, su preocupación inequívoca por el bien común y por la solidaridad con sus hermanos despojados —marginados, campesinos desamparados, pescadores— les ha llevado a gritar fuerte lo que la gran mayoría dice en voz baja". "Nuestro paso de solidaridad con nuestros hermanos —continúa el documento de los religiosos— se inspira en el deseo de actualizar el pensamiento del Papa Juan Pablo II, que declaraba recientemente en Brasil: 'Cuando los derechos fundamentales del hombre están amenazados, es menester gritar. En virtud del anuncio del Evangelio, cuando el hombre es despreciado en su eminente dignidad, cuando se mantiene o se prolonga su humillación, la Iglesia denuncia; y esto forma parte de su servicio profético'" (Documento del 4-XII-80). Empezaba a librarse la palabra liberadora.

Desde entonces, poco a poco, la Iglesia en sus figuras más notables se hace voz de los que no tienen voz. No para sustituirlos, sino para liberar esa

voz de la mayoría: liberación de la palabra, palabra de liberación.

Al mismo tiempo la Iglesia ha ido reconstruyendo el tejido social intencionalmente destruido por el régimen de Duvalier. Actividades estrictamente propias y tradicionales de la Iglesia contribuyen a ello: La creación de comunidades eclesiales de base, la catequesis, el Encuentro Eucarístico y Mariano Nacional, el Simposio Nacional, el Año de la Juventud... celebrados con creatividad han ido articulando personas dotadas de una palabra libre y de un sentido de dignidad.

No es que la Iglesia sea "un líder político que no dice su nombre", como titulaba un articulista de una revista haitiana, sus reflexiones días antes de la caída de Duvalier. Simplemente se trata de una comunidad de creyentes seguidores de Jesús que toman en serio al Dios liberador de los oprimidos, de una comunidad convencida de que la "verdad los hará libres". Y empiezan a liberarse del temor impuesto por Duvalier.

La visita del Papa hace justamente 3 años reforzó significativamente esta labor de la Iglesia. Su firme llamada a los



HAITI 1986

Haití, juntamente con la República Dominicana, forma parte de una isla del mar Caribe a hora y media de vuelo de Venezuela. Tiene seis millones de habitantes en una superficie de 27.700 kilómetros cuadrados. Algo más que el estado Falcón y algo menos que el estado Monagás, pero con una población 14 veces mayor.

El 7 de febrero de 1986 terminaron en Haití 29 años de dictadura cuando la familia Duvalier huyó, dejando atrás uno de los países más pobres del mundo.

Sólo en la capital, Puerto Príncipe, duermen en el suelo más de 75 mil ciudadanos que no tienen techo ni alimentación.

El reparto de las tierras de Haití viene de 1823. El 15 por ciento de los propietarios posee aproximadamente las dos terceras partes de las mejores tierras. Mientras que los dos tercios de la población rural tienen sólo el 10 por ciento de las propiedades. Más de 300 mil familias campesinas, con cerca de dos millones de personas, no tienen tierras, ni derecho a ellas.

Sólo la tercera parte del suelo es apto para la agricultura. Haití es uno de los países más deforestados de América Latina. Tres grandes grupos de terratenientes se han hecho millonarios con el corte de árboles ante la mirada indiferente de las autoridades, muchas de las cuales también participan en el mercado.

Cada exportador les da a los especuladores cierta suma de dinero para que sea repartida entre los productores campesinos, asegurándose así la cosecha varios meses antes de la misma. La tasa de interés en la mayoría de los casos suele alcanzar un porcentaje promedio de 50 por ciento del capital, a pagar en 90 días.

Los campesinos haitianos tienen dos tristes opciones: morir o tratar de emigrar al extranjero. Sólo a la República Dominicana viajan legalmente 20 mil ciudadanos haitianos para trabajar en el corte de la caña de azúcar en los centrales, donde son tratados como esclavos. La contratación de braceros haitianos le dejaba al gobierno de Duvalier centenares de millones de dólares.

cristianos "es menester que algo cambie aquí", era a la vez clara denuncia de un sistema corrupto y antihumano. Importante contribución a la ruptura del bloque espiritual y apertura de horizontes de esperanza que venía gestándose. Hoy, tres años después, la Iglesia haitiana se siente orgullosa con todo el pueblo de poder responder que algo ha cambiado y que la salida de la esclavitud de Egipto ha comenzado, aunque ahora apenas se inicia una larga marcha por el desierto lleno de tentación y de dificultades hacia la tierra de la dignidad.

PROCESO DE DECHOUKAJ

Esta palabra creole condimenta la conversación de estos días en todos los ambientes. Hay que "dechouker" el duvalierismo; hay que arrancarlo de raíz. Esto no se cumple con la sola salida de Duvalier. El país todavía está "macoutizado" (alusión a los "tonton-makoutes", policía de seguridad del duvalierismo que penetraba todo el tejido social de espías y de matones dedicados a controlar y atropellar a la población. Su número oficialmente era de 15.000 pero, según se dice, llegaba a muchas decenas de miles en un país con un ejército de sólo 8.000 hombres).

En realidad bajo la calma aparente que se vive en las ciudades (en contra de lo que la prensa refleja fuera, exagerando los saqueos), hay todavía una ambigüedad e incertidumbre en el proceso de cambio que con la huida de Duvalier sólo ha comenzado. El Consejo Nacional

de Gobierno en su gran mayoría está compuesto de militares duvalieristas. Lo mismo se puede decir de los ministros, salvo excepciones. Seguramente después de 29 años no era fácil que fuera de otro modo. Además, en todo el proceso político la administración Reagan tiene influencia determinante. Después de haber usufructuado, el servilismo de Duvalier, la Administración norteamericana se deshizo de él cuando vio que la oposición generalizada lo hacía inservible. La política norteamericana, al igual que en Filipinas, obligada por la lucha interior en el país, decidió impulsar ciertos cambios para poderlos controlar y evitar alternativas contrarias a sus intereses. La composición del Gobierno actual está elaborada por los EE.UU. La figura de Gerard Gourgue, luchador antiduvalierista por los Derechos Humanos, integrante del Consejo Nacional de Gobierno y Ministro de Justicia mantiene la esperanza de los cambios que el Gobierno provisional debe promover, pero está frenado. Porque el proceso tiene que avanzar. El pueblo que protagonizó la huida de Duvalier así lo desea y sigue presionando. Aunque lentamente algunos de estos pasos se van dando. Es probable que las elecciones se preparen para dentro de unos 18 meses.

Naturalmente hay un deseo de parte de los intereses creados nacionales e internacionales de que estos cambios sean lo más superficiales posible. Ven como inevitable la apertura y el paso a un gobierno basado en la legitimación

del voto. Pero tratarán de controlar el proceso y el resultado. Al mismo tiempo ellos quisieran evitar la necesaria aclaración de injusticias y de corrupción y proteger a los duvalieristas, incluso exponiendo a la ira del pueblo a algunos "macoutes" de nivel inferior para proteger a los principales. Incluso hay intereses de la derecha en promover disturbios para así justificar la dictadura militar como necesaria para salvar del caos el país. Y queda el más profundo problema de la realidad socioeconómica y cultural del pueblo. Ahí está la clave de una verdadera democracia. Si en ese nivel no se avanza hacia cambios profundos para lograr una democracia realmente participativa, se frustrará el proceso iniciado.

Estos tres elementos integrados, 1) paso a un gobierno libremente elegido, 2) saneamiento de la justicia con enjuiciamiento de los culpables principales, y 3) transformación de la realidad socioeconómica y cultural poniendo como eje los intereses del pueblo, son la clave del desarraigo del duvalierismo y de la construcción lenta de un nuevo Haití. Estos tres puntos son las claves para entender la enorme importancia y claridad inspiradora del mensaje de los obispos el 7 de marzo. Sale al paso de toda manipulación. Al mismo tiempo la Jerarquía católica quiere evitar la asunción directa de cualquier liderazgo sustitutivo en el campo sociopolítico. Es el pueblo el protagonista, no el episcopado. Pero la Iglesia toda, ahora más que nunca, deberá contribuir a la articulación y forma-

Se calcula que Jean-Claude Duvalier huyó con una fortuna de 500 millones de dólares. El salario promedio en Haití es de 3 dólares diarios. Es considerado el más bajo en el hemisferio occidental. Cada haitiano tiene que vivir con unos 1.600 bolívares de los de antes del viernes negro al año. Las tres cuartas partes de los campesinos tienen que vivir con menos de mil bolívares de los de antes del viernes negro al año. La mitad de los haitianos están desempleados.

Un tercio de la población de Haití sufre de *desnutrición*. La desnutrición constituye la segunda causa de mortalidad en los hospitalizados. En todo el país consumen un promedio diario de 1.900 calorías (300 menos de las aceptables). Y 41 gramos de proteína por persona (19 gramos menos de los aceptables).

La mayor parte de la población habita en viviendas que carecen de *servicios sanitarios*, letrinas o aun fosas sépticas. Sólo unas 200 mil viviendas, menos de la cuarta parte del total, tienen agua potable.

Sólo en Estados Unidos y Canadá hay más *médicos* haitianos que en Haití, donde apenas hay 900 médicos. Se calcula un médico para cada once mil habitantes. Pero eso sólo en algunas zonas, porque el 75 por ciento de esos profesionales reside en las ciudades más importantes. En algunas zonas se calcula un médico por cada 100 mil habitantes. E incluso hay lugares donde no hay ni médicos, ni centros asistenciales. Casi la mitad de las pocas institu-

cines de salud están concentradas en la capital.

Sólo el 15 por ciento de las mujeres *da a luz* en una maternidad, 25 por ciento son asistidas por mujeres entrenadas y el 60 por ciento lo hacen con mujeres sin preparación o no reciben ninguna asistencia.

25 mil niños menores de 5 años mueren anualmente de diarrea. La *mortalidad* infantil es de 125 por mil, cinco veces peor que en Cuba. El promedio de expectativa de vida en Estados Unidos es de 73 años. En Haití la mitad mueren antes de los 50 años.

Haití obtuvo su *independencia* el 28 de noviembre de 1803. Su presidente Petión ayudó a Simón Bolívar en la independencia venezolana. Bolívar le prometió la libertad de los esclavos.

El 90 por ciento de los haitianos son *negros* y el resto son mulatos que forman una *clase dominante* integrada en una burguesía rica, activa e influyente.

Los *norteamericanos* invadieron y ocuparon Haití entre 1915 y 1934. Unas 200 compañías norteamericanas poseen empresas en Haití.

En Haití no regían los derechos humanos. La *dictadura* produjo 35 mil muertos y un millón de emigrantes y refugiados. Se sostenía con unos 15 mil Tonton Macut, temibles policías secretos, casi el doble de soldados del ejército.

Las tres cuartas partes de los habitantes no saben leer y escribir.

ción participativa de ese pueblo.

GUSTAD LA SAL

La Iglesia desde hace varios años venía planteando la necesidad de una gran campaña alfabetizadora. La medida del envilecimiento del régimen se refleja en su decidida voluntad de obstaculizar la alfabetización. En vista de ello, la Iglesia se decidió a encabezar ella la Misión de Alfabetización. Con toda la oposición del régimen, meses antes de su caída, la Iglesia pudo concretar el plan ambicioso de alfabetizar en cinco años a tres millones de haitianos a los que quiere llegar con un esfuerzo lleno de profundidad concientizadora y capacitadora. Los diversos obstáculos que se le pusieron hicieron que el lanzamiento de la Misión se aplazara hasta el 7 de marzo, justo al mes del cambio de gobierno. Ello permitió a este acto expresarse en todo su profundo significado. El Consejo Nacional de Gobierno y los ministros asistieron —por iniciativa suya— casi en pleno al Estadio Nacional la tarde del 7 de marzo. El acto multitudinario fue una lección cívica para el Consejo Nacional, una palabra de esperanza para el pueblo y el inicio de un camino hacia la participación popular. Es muy peligroso

en este momento la inacción, la falta de claros pasos graduales hacia el desmontaje del duvalierismo y la no preparación política de la población para participar.

Como expresaba gráficamente un sacerdote en una reunión de reflexión, la Iglesia se encuentra hoy como una madre que en su embarazo preveía el nacimiento del niño a los 9 meses y el niño nació a los 7. Ahora deben acelerarse e improvisar con agilidad los servicios requeridos sin entrar directamente en la política partidista. La Alfabetización con su lema "gustad la sal" será uno de los mejores servicios en esta dirección.

EL AGUA ESTANCADA CRIA MOSQUITOS

Tuve la suerte de participar el 4 de marzo en la primera asamblea que tras la huida de Duvalier tenían miembros del clero, laicos cristianos y religiosos de la arquidiócesis de Port-au-Prince para estudiar los nuevos retos. Se reunieron convocados oficialmente por el arzobispo, unos 160 en una reflexión de un día completo. Su inquietud fundamental estaba expresada en las dos primeras preguntas que orientaron la reflexión y el diálogo: 1) ¿Cuáles son las características del nuevo Haití? 2) ¿Cuáles son las

interrogantes que el nuevo Haití pone a la Iglesia-Pueblo de Dios en la arquidiócesis de Port-au-Prince?

Si bien estas preguntas son comunes a todas las diócesis, se agravan en el caso de la arquidiócesis, pues ciertos elementos del clero y el propio arzobispo Ligondé resultan controvertidos por su parentesco y relación con la familia de Duvalier y sus actitudes y gobierno eclesial en los últimos años. Hay otras diócesis donde ha habido un liderazgo religioso que goza de plena autoridad moral.

En esta reunión arquidiocesana me impresionó la seriedad de la reflexión y los planteamientos para lograr un cambio profundo en la propia Iglesia en fidelidad al pueblo y a las urgencias del país.

En la Conferencia Episcopal reunida del 4 al 9 de marzo también había claridad sobre las urgencias y la necesidad de fortalecer la unidad para el servicio urgente; las iniciativas pastorales, la creación de estructuras mucho más participativas, la orientación de la población en los grandes principios sociopolíticos... La necesidad de escuchar al pueblo más necesitado y de mantenerse fiel a él. Al mismo tiempo se prevén pasos concretos para crear los consejos consultivos, las organizaciones participativas y estructurar comisiones para impulsar trabajos específicos urgentes.

Como decía uno de los participantes en la Asamblea del 4 de marzo, el agua estancada cría mosquitos. No parece que la Iglesia de Haití tenga ahora ni el deseo ni el peligro de estancamiento. Sin duda se siente desbordada por tantas necesidades y preocupada por el vacío que hay en el país, pero decidida a impulsar los cambios internos que la hagan buena servidora del pueblo. La presencia en la Nunciatura de un hombre claro, experimentado y conocedor de América Latina, como es Mons. Paolo Romeo, supone un apoyo y una seguridad para la Conferencia Episcopal y para toda la Iglesia. Los recursos humanos de la Iglesia también son muy limitados. Pero no es una cifra despreciable la presencia de 1.500 religiosas y religiosos y casi medio millar de sacerdotes diocesanos con el laicado en participación creciente.

LA CIUDAD SOL

Nunca había visto tanta miseria junta. Decenas de miles de personas apiladas en las condiciones más precarias y antihigiénicas que uno se pueda imaginar. Viviendas de cuatro latas que se tejen entre sí sin dejar resquicio y cercan de



lado y lado la arteria principal que va al puerto donde los rústicos barcos de vela y madera descargan el carbón vegetal que llega de la isla de enfrente. Como una mano extendida en prolongación de esta miseria, el mercado ocupa la calle hasta ahogar el paso del transeunte. Esta es la paradoja del pobre en América Latina, llevada a su extremo en Haití: como no tiene nada, lo vende todo; aunque sea un puñado de carbón vegetal o de arroz.

Ahí, entre la miseria más extrema, está presente y actuante la Iglesia. Con frecuencia con una asistencia caritativa imprescindible para defender de la muerte: dispensario de salud, 8.000 almuerzos servidos (en un centro educativo) única comida de otras tantas personas, acogida humana... Y está presente también la organización y concientización de la gente y en su capacitación para el trabajo. Todo esto vi en la inmensa parroquia San José regentada por los PP. Salesianos. La parte más pobre de ella se ha tomado la libertad de rebautizar el barrio arrancando el nombre de "Cité Simone" que llevaba en honor (¿o para vergüenza?) de la madre de Jean Claude Duvalier. Ahora se llama "Cité Soleil", tomando el nombre de la radio católica que se ha convertido en símbolo de liberación por su enfrentamiento a la dictadura. Ahí estaba en el acto de la iniciación de la Misión de Alfabetización un grupo de "Cité Soleil" al lado del altar con una pancarta que los identificaba en su tarea de "alfabetización y concientización".

Este pueblo haitiano tiene una pasmosa facilidad para convertir en fiesta todo resquicio de esperanza. La Misión Alfabetizadora ya tiene su misa en creole. "Ha sonado la hora de formar una cadena de solidaridad. Ha sonado la hora de recibir a Dios en nuestra casa". Así comienza el canto de entrada.

Cuando en la misa oía a los obispos hablar de liberación y al pueblo cantarla y celebrarla, tuve la convicción de que en los pobres de América Latina, sin que hayan leído ningún libro de teología, se vive un profundo diálogo (una evidencia vital) entre ellos y Dios que oye su clamor y baja a liberarlos. Es posible que sea muy necesario que clérigos estudiados discutan y profundicen la teología de la liberación, pero yo tuve la impresión de que ello es adjetivo. Lo sustantivo es que Dios está liberando al pueblo oprimido, aunque el camino del desierto antes de llegar a la tierra prometida se vislumbra largo y duro.

EL PRIMER OBISPO DEL NUEVO HAITI

Domingo 9 de marzo. Son las 7 de la mañana y el pueblo se agolpa frente a la puerta de la catedral de Les Cayes para lograr un puesto en la ceremonia que empezará a las 9. La ciudad de 80.000 habitantes está de fiesta. Ciudad empobrecida con sólo dos o tres calles asfaltadas y viejos edificios que, en su deterioro, revelan la prosperidad de otros tiempos cuando la ciudad del sur era el principal puerto del país. En realidad toda la Iglesia de Haití está de fiesta. Va a ser ordenado un nuevo obispo nombrado sin las ataduras de Duvalier. El obispo enfermo de Les Cayes tendrá un auxiliar joven.

Una impresionante procesión de más de doscientos sacerdotes venidos de todo el país y trece obispos (todo el episcopado nacional, más de tres dominicanos, dos norteamericanos y un francés) acompañan al principal celebrante, el Nuncio Apostólico. Pero de nuevo en esta ceremonia será el pueblo el que se apodera de la celebración. El la mecerá en su alegría y su ritmo creole sin prisas hasta prolongarlo más allá de las 4 horas. La gente se apiña por todo el templo hasta las tribunas. Miles han tenido que quedarse en la plaza. El solemne ceremonial romano de ordenación episcopal impresiona a la población que nunca lo ha visto, pero no le impide sentirse a sus anchas hasta apoderarse de él y darle un ritmo caribe alegre y devoto. El venerable ritual romano, sin perder su compostura, flota al vaivén del oleaje rítmico de los cantos de la multitud. Al menos en este caso se produce una simbiosis, entrelazada por la simpatía mutua y por la fe común. Todos se sienten a gusto y en casa propia.

El haitiano lee las lecturas de la Palabra con tal vigor y convicción que realmente la proclama y se siente tan en su casa en la Iglesia que tutean al Nuncio y llama Papá a Dios. Durante la ceremonia persistentemente me viene a la mente la palabra de Isaías anunciando al pueblo afligido un nuevo cielo y una nueva tierra. "Que se alegren y que estén contentos para siempre por lo que voy a crear. Pues Yo voy a hacer de Jerusalén un *Contento* y de su pueblo una *Alegría*. Yo quedaré contento con Jerusalén y estaré feliz con mi pueblo". "Harán sus casas y vivirán en ellas, plantarán viñas y comerán sus frutos". "No trabajarán inútilmente ni tendrán hijos destinados a la muerte, pues ellos y sus descendientes serán una raza bendita de

Yavé". (Isaías 65, 17-25).

Hoy, aunque no sea más que un momento de oasis en el duro desierto, se vive este *CONTENTO*. ¿Religión, opio del pueblo? No. Más bien "el corazón de un mundo sin corazón" capaz de mantener viva la dignidad de los oprimidos durante siglos, sin dejarse aplastar. En cuanto se vislumbra alguna posibilidad de éxito, fuerza interior capaz de alimentar una movilización liberadora hacia un "mundo con corazón". Espíritu de resistencia paciente cuando se cierran los horizontes y cae sobre sus espaldas el peso embrutecedor e implacable de la esclavitud de ayer y de hoy.

En medio de tanta alegría no falta la referencia al aspecto trágico de la realidad haitiana. El nuevo obispo Alix Verrrier dirige las palabras finales de saludo y de invitación a la tarea. En ellas enlaza la esperanza y la utopía de la plenitud del Reino de Dios con la dura tarea de caminar hacia él con los pobres que carecen de los bienes esenciales y que en Haití son 80 de cada 100. Llama a todos, especialmente a los jóvenes, a esta acción. Interpela a las autoridades. Vendrán las ingentes dificultades para construir el nuevo Haití. No faltará en la Iglesia la tentación de regresar a la esclavitud de Egipto, pero ahora ella, fiel al Señor, se ha comprometido en la voz de sus pastores:

"Para que el pueblo haitiano pueda expresarse es necesario que su palabra sea liberada".

"Para que él pueda participar, es necesario que sea alfabetizado".

"Para que él pueda construir la comunidad, es necesario que permanezca unido en la verdad, la justicia y el amor" (Mensaje de la Conf. Episcopal, 7.3.86)

